

# EL MUNDIAL 2010

Saúl Ibargoyen Islas

**Se** acabó el Mundial de Fútbol. ¿Y ahora qué hacemos?, dijo alguien. La autoritaria FIFA tenía sus favoritos: triunfó uno de ellos, en verdad un equipo muy inflado y de segunda con bastante apoyo. La FIFA

Sociedad Anónima ya hizo su nuevo gran negocio, los comentaristas y seudocríticos y quasi analistas y comunicadores de ambos sexos —y hasta los payasos que fueron de México a Sudáfrica— aún continúan, con menor saturación, su verborrea deportiva multilingüe plagada de ignorancia, frivolidad, mercantilismo, nacionalismo, etcétera, con las felices y pocas excepciones de siempre. Otro alguien calculó (creo que fui yo mismo) unos 18 parlanchines futboleros en radio, televisión, Internet y prensa escrita por cada jugador que se presentó en Sudáfrica; otro alguien más me corrigió: serían 32...

El poderoso grupo Televisa de México ganó montonales de dinero, aunque la escandalosa derrota del equipo mexicano redujo sus utilidades de modo considerable; este anunciado fracaso, sobre todo de su endiosado director técnico y de varios jugadores, significó que el carísimo y perverso operativo fútbol-política pergeñado por el Poder Ejecutivo y sus

sesudos asesores, también fracasará... y en el año del Bicentenario de la Independencia y del Centenario de la Revolución cada quien se cocina en sus propias lágrimas.

Lo que me ha parecido distinto, sí, en medio de tanta inflación mediática y dineraria (sucia o limpia), fue la presentación del seleccionado uruguayo, del cual ahora se habla en serio. Y hasta con admiración. Luego de una muy costosa y sudada clasificación por repechaje (en la que apenas se logró una discreta e irregular actuación, ya que el técnico hizo planteos conservadores y sin llegar a una fórmula definitiva de alineación), nadie daba nada por la camiseta celeste. Recuerdo que un jugador dijo, tal vez por corazonada, que “vamos a ser una sorpresa en este mundial”.

Corazonada tal vez, tal vez, pero ¿de dónde salió? ¿De un estado de ánimo personal? ¿De una mera necesidad de tono emotivo? Pregunto, ante esas sencillas y adivinatorias palabras: ¿Esa certeza no habrá salido de algún sitio del inconsciente colectivo uruguayo que, en ciertas e inolvidables ocasiones —no sólo vinculadas con el fútbol— ha hecho surgir una respuesta de contenido heroico, una especie de fe generada asimismo en la relativa pequeñez de un territorio metido como “un trozo de algodón entre dos grandes pedazos de vidrio”? Como si de pronto, rompiendo la metáfora de un diplomático inglés del siglo XIX, el algodón ya no quisiera cumplir ese papel inventado por los poderes imperiales. Así, una vez más el algodón se endurece y corta como un cuchillo, aunque sin llegar al hueso.

Con esto quiero decir que si el equipo uruguayo hubiera quebrado, desde el inicio de las eliminatorias sudamericanas, ese freno de supuesta modestia o pequeñez, esa dependencia de una imagen errónea de sí mismo, y se hubiera lanzado a ganar, utilizando tres o cuatro atacantes y no jugando a no perder, que es jugar a la nada, es decir a la derrota, el conjunto de la nación uruguayo (dentro y fuera del país), estaría festejando logros muy superiores.

A veces pienso que en nuestra cultura hay, simultáneamente, tomando la expresión de Carlos Real de Azúa, “un impulso y un freno”; algo así como un tono social morigerado, conservador, de bajo perfil (como ahora se dice), que de súbito es puesto en cuestión por el ejemplo permanente del oriental José Artigas (1764-1820), y luego por José Pedro Varela, Joaquín Torres-García y su taller,



Carlos Vaz Ferreira, Delmira Agustini, Julio Herrera y Reissig, Carlos Gardel, Zitarrosa, Líber Seregni, José Batlle y Ordóñez, Baltasar Brum, Rodney Arismendi, Juan C. Onetti, Marosa di Giorgio, Mario Benedetti, Felisberto Hernández, Manuel Espínola Gómez, Fabini... etcétera, y fenómenos como los futbolistas olímpicos del 24 y 28 y los mundialistas del 30 y el 50, y la valiente y equivocada guerrilla de los 60 y 70, y la unidad de los trabajadores y el pueblo, y los peleados avances democráticos actuales a contrapelo del neoliberalismo...

De todo como en botica, pues da la impresión de que el surgimiento de determinadas personalidades, así como de respuestas sociopolíticas y culturales, ya sean institucionales o no, y de acuerdo con retos específicos, constituyera una especie de mito (al decir de un bien intencionado comentarista argentino) que sorprende por un lado y, por otro, confirma la existencia de una sustancia anímica nacional que se trasmite a lo ancho y hondo de las generaciones.

Esto no significa que esté inventando mitos (el mito es un fenómeno que se ubica fuera del espacio y del tiempo como factor identitario o de conformación de una cultura), sino que trato de encontrar una posible respuesta a la inusitada resonancia producida por la presencia de Uruguay en el reciente mundial de fútbol. Siempre he pensado que el famoso “maracanazo” del 50 tuvo una repercusión tan notable hasta hoy porque de cierto modo

representaba el triunfo de David (Uruguay) frente a Goliat (Brasil); el arquetipo del débil frente al poderoso, que tantas veces se percibe en el arte, la política, el deporte, etcétera. O sea, el arquetipo del héroe, necesario e inevitable en muchas formaciones culturales: Gilgamesh y Enkidu contra el monstruo Umbaba, Martín Fierro contra la injusticia del XIX, el príncipe contra el dragón que raptó a la princesa...

Ahora bien, lo distinto que mencioné fue la pasión que los jugadores celestes desataron en la cancha, más allá de entrevistas y conferencias de prensa; digo pasión subjetiva y colectiva al mismo tiempo, no mera fuerza o aun brutalidad como se dio en otros equipos. El elenco uruguayo metió pierna, energía y pasión, pero fue uno de los más limpios en este extraño mundial.

Con esto demostró que el neoliberalismo no tiene mucho que ver con la ética deportiva, ni con el ánimo de quienes buscan el triunfo sanamente y bajo la convicción de que, sudando una camiseta color celeste, están representando mucho más que a la Asociación Uruguay de Fútbol. Porque la finalidad última quizá no fuera ganar simplemente, tajantemente, sino levantar, junto con la esperanza de un pueblo futbolero como pocos, una serie de valores que enraiza en la historia de los orientales.

De ahí también, como se comprobó largamente, que la selección de Uruguay —que no tuvo acceso a escaños superiores tanto por oscuras decisiones arbitrales como por pesados errores propios— logró la adhesión, incluso fervorosa, de cientos de miles de latinoamericanos en todo el mundo. Tal vez, insisto, porque se jugó vibrantemente desde abajo, desde la entraña histórica que estalla en momentos como esos para acercarnos algo más a la dificultosa identidad nacional que aún está en construcción. Salvadas las más que obvias diferencias, la lucha contra la dictadura y contra los cuatro gobiernos neoliberales que le siguieron, es parte insoslayable de ese esfuerzo comunitario, así como la actual coyuntura marcada por un gobierno progresista, de izquierda, anchamente democrático, cuya tarea liberadora se entreteje con la coalición-movimiento Frente Amplio y la unidad sindical y popular. Aquí también se juega desde abajo y cuesta arriba. Pero, dicen los expertos, lo que cuesta, vale. En fin, para los uruguayos (y no sólo para nosotros) el fútbol es mucho más que el fútbol. Por eso hay que gritar ¡gol! aunque a veces la pelota nada más pegue en el palo. 🚩

---

**Saúl Ibagoyen** (Montevideo, 1930). Escritor y editor uruguayo-mexicano. Fue presidente de la Asociación de Escritores de Uruguay. Es autor de una vasta obra, recogida en la antología titulada *El poeta y yo*. Con el poeta argentino Jorge Boccanera, publicó tres antologías de poesía latinoamericana. En 2002 recibió en México el Premio Nacional de Poesía “Carlos Pellicer”. Fue subdirector de la revista *Plural* en su segunda época y actualmente es editor de la *Revista Mexicana de Literatura Contemporánea*. Es miembro del Concepto Editorial de *Archipiélago*.



Diego Forlán, capitán y estrella del equipo uruguayo.